

UN SUEÑO DE DÍA

Autor: RICARDO ZELARAYÁN

A Fernando

Córdoba ¡Hermenegildo!

¡Ordeñe che sargento!
Putá este Hermenegildo...
que es correntino.
(Pero, ¿por qué no se va corriendo hasta su Corrientes en patas...?)
Este Hermenegildo adora la noche,
porque el Hermenegildo es correntino
y cuatrero...
Al Hermenegildo le gusta la noche desplegada
y el día fruncido,
la noche tensa como una manzana lustrada,
como una manzana más negra que la noche reluciente...
Este Hermenegildo manzanero.
Pero ahora es de día,
de medio día...
El día lanzó puñados de cardenales
rojos y amarillos
sobre las cuchillas
(colinas, pa que entiendan los porteños)
cuchillas sin filo,
redondeadas,
pero a un pelo de la sangre...
Pero el Hermenegildo no está parado,
ni sentado,
ni acostado,
porque está dormido,
dormidito,
acurrucadito,
y parece que sueña
con el día.
(¿Pero por qué no se despierta si el día está aquí nomás?)
Pero el Hermenegildo de día sueña el día,
o sea que duerme...
Y hoy se durmió con la mona...
la mona del sueño.
Y hasta me parece que está soñando con el Super Día.
Pero ahora el que me habla es el Salustiano,
mientras el Hermenegildo duerme con la mona
y sueña con el sol,
con el sol que madura naranjas,

mientras la guitarra del Hermenegildo
duerme boca abajo sobre los yuyos.
Las hormigas se suben a las cuerdas
tratan de meterse en la boca
(de la guitarra)
pero la guitarra está boca abajo...
(¡Oreja! ¡ya lo dijiste!)
Hasta se me hace que las hormigas
buscan miel de la guitarra,
de la guitarra del Hermenegildo.
Una horquilla clavada en la tierra no se hace ilusiones sobre el
futuro.
La tierra baila,
¡siempre baila!
Hermenegildo sueña que rueda como un choclo
por la pendiente de una colina asoleada.
Una frutilla asciende lo más campante
por el revés de su vida.
"No me tires con cuchillo tírame con tenedor."
Yo estoy aquí
no como choclo.
La verdad es que me siento un marlo...
Porque esta Leocadia...!
Pero, ¿qué hacemos con el Hermenegildo?
me dice el Salustiano,
que le ha echado el ojo a la mujer del Hermenegildo,
de Hermenegildo el soñador,
el manzanero.
El ojo no es la hoja, le contesto.
Porque esta Leocadia me hizo venir
para que me vaya enseguida... .
Pero yo se la sigo a este Salustiano,
porque la Leocadia se me hace
que está pensando en cualquier cosa...
menos en mí.
Y a mí lo que me gustaría
no es la mujer del Hermenegildo
sino la hija...
que no vino
ni con el vino.
Y qué te parece...
(este Salustiano es seguidor).
La verdad es que al Hermenegildo
no me gustaría matarlo del todo.
Qué querés decir, le digo.
Oíme cara de yilé,
(me dice Salustiano).
Me gustaría cortarle un dedo al Hermenegildo,
al Hermenegildo dormido,
total un dedo pa qué le sirve.
Mejor te vas por ahí,

le digo yo,
a ver si te la encontrás a la mujer de él,
que por'ái se perdió entre las sandías
o andará virando entre los repollos...
y por'ái,
quién te dice...
Pero ahora que me acuerdo
recién pasó el ómnibus desvencijado
con una maestra adentro
que me cabeceó.
¡Ay mi maestríta cabeceadora!
Pero...
¿Y la Leocadia?
¿Y la Delia?
Sí, pero estoy seguro que me cabeceó.
La verdad es que el Salustiano
me propone otra cosa.
Pero entre cortarle un dedo
(no sé cuál pero uno)
al Hermenegildo
y el amor de la maestríta que me cabeceó
hay la misma diferencia que entre la manzana y la naranja,
que entre la luna y el sol.
¡Pero si la maestríta vive ahí nomás!
¡ahí!
pasando el plantío de sandías y repollos exaltados.
Qué te cuesta y quién te dice, me digo.
Yo soy más bien partidario,
le digo ahora a Salustiano,
de cortarle la oreja derecha
o nada más que la parte de abajo,
por si la maestríta no me quiere
(¿o me quiere?).
Porque si se llama Margarita no sé qué hacer...
y me quedo sin amor
y sin oreja cortada de un saque
o con la misma cuchilla que cortaste la sandía
crujiente como el pan.
¡Sí!
¡La oreja me gusta más!
Pero...¿ y la maestra que me cabeceó,
desde el ómnibus desvencijado y cabeceador
en la pendiente de la cuchilla (colina)?
Sí, ¿pero en qué andará pensando la Leocadia,
con toda naturalidad?
No, seguro que no.
¿En qué quedamos?
La Leocadia,
la maestríta cabeceadora,
la oreja,
el dedo,

el pie,
del Hermenegildo cuadrero y manzanero,
según sugiere Salustiano,
o qué?

De: La obsesión del espacio (Poesía, 1973, reeditado en 1997)